

san, sólo los movedizos vientos se arrastran por su suelo, solas y abandonadas parecen pequeñas columnitas de las ondas a donde van las nereidas para cantar al sol. Cubiertas por la tierra que de otros lugares les ha venido parecen esperar un germen para fecundarlo. De pronto una semilla de palmera, que de las playas vino flotando sobre el mar, se detiene entre sus grietas, desarrolla sus raíces y sus hojas y con el transcurso del tiempo su tallo flexible se eleva, ondeando su penacho por los aires. Así es como la inteligencia del joven, primero desierta y sin vegetación, se cubre de polvo y de la tierra que traen los vientos y las olas y que son los sentimientos, únicas manifestaciones del alma que brotan en los seres que comienzan a vivir y en las cuales nacerán después las frondosas palmeras de la idea. Esa es la juventud: botón que se entreabre para ser fecundado y riachuelo que mana para ser río. Por eso el joven no está dejado de la mano de Dios, sobre él, velando, están los ángeles de la virtud. Que si no fuera así ¿qué sería de la humanidad? ¿qué del mundo, de la religión y de la ciencia?... No quiero ni pensarlo. Por gran dicha, señores, esto no está sucediendo y con vuestros ojos lo podéis mirar... ¿qué somos nosotros? ¿quién o qué nos impulsó?... ¡Ah! bien lo comprendéis; los gérmenes que de vuestras playas venturosas partieron han venido a posarse sobre estas islas de coral, desiertas en el mundo.

Tal vez considerásteis nuestra llegada como un fenómeno, porque casi en la juventud están en no poca proporción los prejuicios y las enseñanzas, los dogmas y las creencias que las personas del ambiente común graban en nuestros corazones; porque desde luego sabéis que la juventud es el puente colocado entre las ideas radicalistas de los padres y de la sociedad y el libre criterio de los que condenan la esclavitud del pensamiento humano. Es la escala de Jacob: ángeles suben por ella y ángeles también descenden; si son más los primeros, el pensamiento y las fuerzas vivas de la inteligencia se elevan sobre las turbias aguas de la humanidad para distinguir las perlas que ellas guardan; y si son los segundos... ¡ay! las fuerzas y el pensamiento siguen la corriente de las turbias aguas. Los grandes pensadores, los grandes artistas, los grandes ascetas y místicos han tendido el vuelo sobre

las creencias humanas para encontrar la verdad resplandeciente y pura, obrando así al contrario de los investigadores de la verdad en la vil materia, en la calentura de las enseñanzas pasionales, en la fiebre de las doctrinas que luchan por ser cada una de ellas el único sendero. Porque no es viviendo y sintiendo entre los hombres como se halla la verdad, sino elevándose sobre ellos. Y la juventud puede elevarse como los sabios o confundirse como los necios: *es la balanza inmóvil*. Por eso no debéis admiraros o no debéis creer que las intenciones que me han movido a venir son simples motivos de curiosidad o de capricho. Pues ¿así como la juventud puede confundirse con las masas de las gentes, no puede también, al vislumbrar un rayo, seguir el camino de la luz y del Ideal?... No, señores, no confundáis las buenas intenciones con las malas. Si aquí nos hubiéramos acercado por el simple capricho o la simple curiosidad os tendría que parecer raro que fuéramos solo dos, pues en el mundo viven en mayor proporción los curiosos y los fatuos... y nosotros somos solo dos... los únicos dos que hemos tocado a vuestras puertas...!

Unicamente por lo que os estoy diciendo me he atrevido a hablaros. Desde mi llegada noté en algunos de vosotros una duda que me causó una impresión extraña. Cubierta por el velo de vuestra afabilidad no se mostraba francamente, pero yo la supe distinguir porque la suponía en vosotros. Os dirigíais estas o parecidas preguntas: ¿Qué viene a hacer? ¿Será capaz de comprender nuestras doctrinas o nuestros principios? ¿Es un muchacho de su edad digno de confianza? (1) ¿Procederá como todos los demás o de veras siente como obra?... Para contestaros de una manera segura y cierta dejo a vuestro criterio el juicio de los pensamientos y acciones que voy a relatar:

Es en la historia de las conciencias en donde se hallan las verdaderas causas de las acciones. No obra el cuerpo sino a impulsos del deseo o del instinto y será el primero noble o innoble según del hombre de que ha procedido (2). Cuando el sol de la

(1) Cuento apenas 16 años. Nací el 17 de febrero de 1897.

(2) Tomo en este sentido al hombre en la acepción de una inteligencia más o menos perfecta, más o menos reflexiva. Tampoco le doy al deseo la acepción del instinto, éste es de los brutos, aquel de los hombres, porque el deseo supone inteligencia. (Esta aclaración tuve que hacerla en el discurso.)

Inteligencia Superior disipa las negras nubes de la ignorancia y la maldad (cuando Manas vence a Kama) o cuando la noche cubre las conciencias y las mata (cuando Kama vence a Manas) hay todo un proceso de lucha que se efectúa en el santuario interno de la persona. Por eso al cometerse una acción no podemos distinguir la causa sino penetramos hasta la conciencia, sino estudiamos el modo de ser y las transformaciones del alma. Yo he de deciros en pocas palabras, para no molestaros demasiado, como ha venido mi espíritu buscando cada vez más ansioso, con un esfuerzo cada vez más creciente, con un amor cada vez más profundo, con la esperanza cada vez más poderosa, del hombre que recuerda aquel verso de Ovidio: «Os homini sublime dedit.» (1)

Es mi vida un conjunto de emociones y de pensamientos, de ansiedades y de luchas, que al pasear mi vista por ella me parece ver las aguas de un torrente. En mi pequeña edad, en esa edad bendita de la infancia sembraron en mi corazón la semilla que jamás se pudre ni se pierde, es la semilla de la caridad, es el sentimiento del amor. Mi madre, mi venerada madre cuyas entrañas me dieron la existencia, cuyos labios me enseñaron lo que no es capaz de enseñar ningún otro hombre, fue el ángel tutelar, la sombra espesa que me guardaba contra los rigores del rayo de la pasión, la Beatriz divina de mis primeros pasos. Bajo su custodia ha crecido mi existencia sin mortificaciones ni zozobras terrenales, bajo su égida no ha podido temblar mi cuerpo: porque es el amor el más poderoso de los baluartes y la más invencible de las armas. Pero he tenido una segunda madre y ha sido el templo. Entre sus suntuosas paredes, entre su velas y sus crucifijos mucho tiempo he morado y esa solemnidad augusta y esa penumbra misteriosa de sus rincones y esa gravedad austera de sus altares y esa devoción ferviente de sus fieles, todo eso ha quedado esculpido en mi corazón con líneas imborrables. De ahí que busque siempre la calma entre lo imponente, el sosiego entre lo majestuoso, la gravedad entre lo magnífico y sublime. Me ha conmovido la silenciosa quietud de los bosques, la altivez del proceloso mar, la impasibilidad de los cielos en las noches estre-

(1) *Metamorfosis* - I - 85.

lladas, la fuerza del dolor humano. Yo he volado con David, he llorado con Esquilo, he sufrido con Sófocles y Eurípides; me ha arrebatado Dante, me ha suspendido Milton y Bosuet y Goethe y Schiller y todos los que han dado al mundo las obras de su genio. Mas, por encima de este sentimiento estético, de esta poesía venida al interior de mi espíritu, estaba otra poesía invívita en el alma, estaba una aspiración más alta aún... y era Dios, es decir, la cúspide de toda aspiración humana...

Las naciones, sin excepción ninguna, han interrogado al Universo para buscar su creador, han rebuscado en sus entrañas para encontrar la causa primera de las cosas. Los hombres que reposaban en el abismo de los apetitos groseros, sin levantar los ojos, nacieron para Dios, es decir, que su primer paso fue en busca de la divinidad que a su alrededor se manifestaba en tantas y grandiosas obras. Este proceso histórico se desarrolla en cada uno de los individuos. El niño es instintivo, el joven religioso, el hombre pensador. El primero siente y obra; el segundo piensa y se emociona; el tercero busca y raciocina, somete todo a la razón para hallar las verdades, pone bajo su criterio la humanidad, la naturaleza y las religiones y saca de ellas sus principios más elevados que son los principios divinos (1). Pero hay otra etapa: la del viejo que vuelve otra vez a creer con fe y con esperanza. ¿Quién sabe si la humanidad volverá a creer y a esperar?... Yo, señores, he sentido y obrado como niño, he pensado como joven, pero hoy puedo poner en el santuario de mi inteligencia: «Incipit vita nova»... (2) Hoy (es decir en estos últimos años) se ha levantado en mi pecho una nueva idea luminosa, tan pura como la luz de la alborada... ¡Ah! Yo nazco en vida nueva. Aquí podéis encontrar, señores, la evolución de los sentimientos de mi niñez, de la admiración por lo grandioso y del amor por lo noble! He, aquí, pues, el fruto de la semilla, el árbol de la simiente!

«Buscad y encontraréis» dice la Biblia. Ha recorrido mi vista el Universo en busca del conocimiento y lo ha encontrado por fin... me acerco a vuestro oasis; dadme agua, dadme el agua de la ciencia y de la vida...

(1) «La Vida Nueva» - I - Dante.

(2) Yo no niego la intuición porque la intuición es la razón pura sin tener como actuar en los sentidos.

Quedan a mi espalda los dogmas y las antiguas verdades, sin que desconozca las que en realidad lo son. Comienza mi espíritu a subir la escala, firme en vuestros principios, fortalecido en vuestras enseñanzas. Valor lleva en su pecho, vigor en sus piernas y sus brazos, fe en su corazón...

Dios se halla sobre nosotros y nosotros no le conocemos porque Dios es superior al pensamiento. Podemos creer en su existencia y estar seguros de ella, pero no podemos especular en Él. Si le juzgamos por nosotros mismos le juzgaremos por uno solo de sus átomos y por uno solo de sus actos; le juzgaremos en relación con el ser y Dios está más allá del ser⁽¹⁾, lo cual no quiere decir que sea la nada. Dios es, al contrario, la Realidad absoluta. ¿Cómo hablaremos de sus atributos si sólo en la intuición y en la contemplación lo presentimos? ¿Hablará mi labio del gran Brahma si el gran Brahma está sobre mí, si El es el Todo y yo soy una miserable partícula?...⁽²⁾ Dios es perfectamente incognoscible; sólo El se puede conocer a sí mismo por una intuición admirable de su Espíritu⁽³⁾ y no necesita del pensamiento porque «el pensamiento se ha dado a aquello que tiene necesidad de reconocerse a sí mismo por medio de la conciencia de sí propio; pero ¿qué necesidad tendría el ojo de ver la luz si fuera la luz?» (Plotino).

«Yo soy el Alpha y la Omega, el principio y el fin, el primero y el postrero» dice el Espíritu de Dios en el «Apocalipsis» de S. Juan⁽⁴⁾. Y dice la religión india: «Es Él el soplo en el cual se sumergen todos los seres y en el seno del cual nacemos todos»; nosotros, pues, venimos de Dios, Él nos dió la materia y sopló en nuestra boca; Él es nuestra vida y nuestro aliento. Es el principio de todo porque no hay algo sin principio; nosotros venimos de El porque no hay más fuente que El ni más creador. ¿Cómo ha creado los luminares del cielo? ¿Cómo las profundas aguas del mar y el aire de la atmósfera? ¿Cómo el éter sutilísimo? ¿Cómo al hombre y las cosas?... «Estaban las tinieblas sobre la haz del abismo; y el Espíritu de Dios se movía sobre la haz de las

(1) El ser es una de sus transformaciones, es una emanación de El.

(2) «Pero si el único y divino El (o Dios) es el gran Todo; quién ni cómo le ha de ver, percibir o conocer?» (Diálogo entre Maitregui y su esposa.)

(3) «Tiene una intuición simple de sí mismo por sí mismo.» Enneadas VI, VIII, 16.

(4) S. Juan, Apocalipsis - Cap. 1 - 8 - 11.

aguas» (1), son las palabras de la Sagrada Escritura con que se da a entender el estado anterior a lo que se llama el Universo (2). Ahora oid estas otras: «No existía la muerte ni la inmortalidad (3), ni los luminares del día y de la noche. Él sólo respiraba sin respirar, absorbido en el ardor de su propio pensamiento. Él no oía nada fuera de sí. Las tinieblas se hallaban en el principio envueltas en tinieblas, el agua no tenía brillo. Pero el Ser reposaba en el vacío que le sustentaba...» He aquí de dos pueblos la palabra divina, he aquí como explican dos religiones la pre-existencia de los mundos. Ambas están acordes en suponer junto con Dios el agua, el vacío (o abismo) y las tinieblas; pero ¿qué debe entenderse por agua, vacío y tinieblas? ¿Será el agua de nuestras fuentes o de nuestros mares? ¿Será el vacío que consiste en la supresión del aire? ¿Serán las tinieblas que llamamos noche?... No, no deben entenderse así: las aguas son la misma materia divina (4) de la cual surgirá la creación. Dios se mueve entre ellas; la Inteligencia Pura se mueve en su propia Inteligencia Pura. El vacío, este vacío yo no lo concibo ni lo comprendo, porque siendo Él infinitamente grande y ocupándolo todo ¿cómo habría de existir un vacío fuera de Él? ¿Cómo, si después o fuera de Él no hay nada, absolutamente nada? Esto sería restringir la grandeza de Dios, marcarle cierto lugar y colocarlo sobre el abismo... Las tinieblas; existían las tinieblas que son la luz misma, porque Dios que es la luz de todo lo viviente, para él mismo no es luz (5). Además el hombre llama tinieblas lo que no ve y la luz de Dios no se puede ver, como no podemos comprenderlo.

«Y Dios dijo: Sea la luz: y la luz fué» (6). «Y el Universo fué creado por la fuerza de su ardor intelectual». Estas dos proposiciones encierran la respuesta de una pregunta importantísima y

(1) Génesis - I - 2. Está suprimida la parte primera de este versículo por no encontrar la explicación de él; dice así: «Estaba la tierra desordenada y vacía»; ¿qué llama tierra desordenada y vacía? ¿Por qué vacía? Dios estaba. ¿Llama a Dios tierra? ¿O era que esta tierra existía con Él entonces cuando la creó?..

(2) Es decir anterior a la creación de este Universo.

(3) Debe decirse acerca de esto que en Dios son tan «infinitas» sus cualidades, que ya no son cualidades, son El mismo.

(4) Lleva el nombre de materia divina un *algo* que es imposible expresar de una manera precisa. Dios es la Inteligencia Pura que se reconoce a sí misma. Esto que es Dios en sí, lo llamo materia divina.

(5) Sin dejar por eso de conocerse a sí mismo.

(6) Génesis - I - 3. Aunque a destiempo haré una pequeña advertencia y es que no cito la «Teogonía» de Hesiodo porque en ella más bien habla de la «filogenia universal.»

que es ¿cómo pudo crear Dios al mundo?... En el Génesis se entiende la potencia (1) divina engendrando al mundo, pero en la filosofía india se encuentra el otro factor que con el primero es uno mismo; pues en Dios no puede haber más de una cosa que es Dios: *Dios es resumen de todo, hecho único*. Este otro factor es su ardor intelectual (2), agitándose la «Inteligencia Divina» en sí misma concibió, y al concebir se produjo una sola cosa que fué el Universo, sin necesidad de existir un proceso, pues la potencia, el pensamiento y el acto no son tres principios diferentes en el «Creador».

Ahora decídme ¿por qué lo creó?... ¿Fué por un deseo? No; «Lo Uno no puede desear nada, si deseara sería imperfecto, puesto que no era poseedor aun de lo que desease»... ¿Fué entonces, por necesidad? No: «Dios no está sometido a la necesidad, antes bien, es la necesidad y la Ley de todo lo demás»... ¿Fué por azar? No: «Es imposible atribuir al azar la producción de los seres, engendrados de conformidad con la razón»... (3) Entonces ¿por qué es?... Queda la solución de que Dios ha engendrado al mundo con entera libertad (4). Resumiendo: Dios, en la fuerza de su ardor intelectual concibió al mundo libremente y por ser en Él potencia y acto una sola cosa, el Universo fue creado al mismo tiempo que concebido. ¡Gloria a Dios, fuente de toda vida, Superior a la grandeza de los orbes, Gloria a El que es y que será sin morir, sin extinguirse con el trascurso de los siglos y del Evo! (5)

Descendamos de Dios para internarnos entre los círculos de las religiones, que se apartan del conocimiento o se acercan a él según han sido las grandes inteligencias que las han dado a luz. Así como en los esferas del Paraíso del Dante van siendo más gloriosas las almas que en ellas se mueven cuanto más se vayan

(1) «El Primer Principio es la potencia de todas las cosas, pero no en el sentido en que se dice que la materia está en potencia, para indicar que recibe y que padece, sino en el sentido opuesto, significando que lo uno produce» (Enneadas V, III-15.)

(2) Aquí cabe decir de Dios lo que dije en la nota 16, porque únicamente la inteligencia es la que puede estar libre del hombre, la virtud es algo que se considera en relación con él.

(3) Todas estas frases entre comillas son de Plotino.

(4) «Pero en Dios la potencia no consiste en poder los contrarios; es la suya una potencia constante e inmutable, cuya perfección está precisamente en no apartarse de lo bueno, pues poder lo contrario es el carácter propio del ser incapaz de hacer siempre lo mejor.» (Plotino.)

(5) Me limito en este discurso a hablar con alguna detención de Dios acerca de la naturaleza y del hombre, apuntaré ligeramente unas ideas que se encontrarán diseminadas en el resto del discurso.

acercando al foco del Universo, así en el sendero de la Sabiduría son más verdaderas las religiones cuanto más se han acercado al conocimiento de Dios.

Y ¿el conocimiento del Uno cómo puede existir en los hombres?... El conocimiento de toda la grandeza inmarcesible del Creador no, pero sí el conocimiento de su existencia puesto que «no está lejos de nosotros porque en Él vivimos, somos movidos y existimos, porque él nos da a todos la vida, la respiración y todas las cosas...» (1) Lo percibimos por aquello que le es semejante en nosotros mismos (2), pues en nosotros (por ser creación de Él) tiene que existir y estando así juntos la inteligencia presente a su Dios. Suponed que una vez llena la inmensidad; en cualquier lugar que escuchéis la percibirán vuestros oídos toda entera en cierta relación, pero no toda entera en la plenitud de sus ondas (3). Así, a Dios que llena el Infinito le abarcamos lo suficiente para poder decir algo de Él, pero no de Él mismo con un conocimiento perfecto de Él; semejante a esto hay hombres que transportados por el entusiasmo, sienten en ellos algo superior a toda palabra y a todo pensamiento (4).

«Sursum corda»: Elevad los corazones, almas enamoradas, hasta poder recibir el rayo divino, así como la incierta enredadera trepando por las nudosas ramas del árbol llega a encontrar la luz vivificante del sol, medita, sumfos en las profundidades del éxtasis y allí, en este estado supra-terrestre, la luz divina se aparecerá cual nunca, conmoverá todo lo noble de vuestro ser con aleteos amorosos y empujará vuestra alma al estado más superior a que puede aspirar. «El pensamiento por lo perfecto de sus operaciones, no sirve más que para elevarnos poco a poco a la altura desde la cual es posible descubrir a Dios, entonces levantados como por una ola de inteligencia y arrastrados por la onda que se hincha vemos súbitamente desde su cima» (5). Esta unión con Dios se llama éxtasis; suprime en nosotros el pensamiento propiamente dicho, no por defecto y aniquilamiento, sino por plenitud

(1) San Pablo (Actas XVII 2)

(2) III - VIII - 8 (Enn Ploteno)

(3) Ibid.

(4) Enn V, III - 14

(5) Enn. VI, VII - 36

e infinidad. Hacemos algo mejor que pensar: amamos; hacemos algo mejor que amar: poseemos el bien y lo gozamos. «El alma no ve a Dios más que confundiendo y haciendo desvanecerse la inteligencia que reside en ella, o más bien *su inteligencia primera es lo que ve* (1). Elevad los corazones, almas enamoradas; Dios abrió ese camino, aprovechad su senda. Nazca en nosotros el anhelo, como águila se remonta por el aire y allí en aquel punto en que no se siente ni se piensa, apurad toda la dulzura embriagante del amor. Allí está vuestro Dios, allí volad. Corra el espíritu hasta encontrarle: confúndase con Él, identifíquese con Él y no habrá dicha mayor que la que podréis gozar en ese instante. Cuando el alma obtiene esta ventura y Dios viene a ella o mejor dicho manifiesta su presencia porque el alma se ha engrandecido, porque ha roto con lo bajo, porque luce las bellezas esplendentes de la virtud, Dios y ella no son una dualidad, ambos no forman más que uno, más que un sólo Ser. ¡Qué sublime momento! poder emanciparnos del valle del dolor, de la miseria y de las lágrimas, y amar, confundido con Él, lo que es más digno de amarse, lo que es amor mismo!... ¡Sursum corda! ¡Oh enamorados de Dios!...

Por eso en las religiones es donde se pueden contemplar los grandes esfuerzos del alma humana, el fuego indestructible del amor divino, los esfuerzos gloriosos de la inteligencia y la procesión de los espíritus al seno del Señor. En ellas el hombre se ha elevado a la intuición de los grandes principios de las incommovibles verdades superiores.

Como ya lo dije: son más ciertas las bases de las religiones cuanto más grandes han sido las inteligencias que las engrandecieron o que las hicieron desarrollarse, cuanto más verdadero ha sido el conocimiento de Dios. Y resumiendo en pocas palabras lo que anteriormente he dicho en muchas: es la intuición que se produce en el éxtasis el único camino del conocimiento, como es el único camino del conocimiento de nuestro mundo material la razón humana. Esta última que nos dirige en las tareas diarias de la tierra y en la investigación de nuestro organismo se trans-

(1) Enn. VI, VII · 35.

forma por un perfeccionamiento e intuición (1) cuando penetra en el santuario de la Divinidad.

Pero al recorrer la escala de las religiones hay unas más elevadas a las otras y forman en su conjunto general como el panorama gigantesco de todos los templos reunidos en una inmensa llanura: allá se dibujan las atrevidas torres de la catedral de Colonia, las fantásticas figuras de nuestra Señora de París, las soberbias columnas de la Magdalena, la cúpula gigantesca de la basílica de San Pedro, la imponente figura de la catedral de San Pablo y la torre monumental de San Patricio. Así como ellos unos pueblos han alcanzado mayor sabiduría y levantan sus torres y sus cúpulas colosales para administración de los hombres y eterno monumento de su gloria.

¿Cuáles han sido esos pueblos y esas religiones que ponen en la oscuridad la luz, en el desierto el oasis, entre las ondas la isla, entre las playas la vaca? Ésas son y fueron las más antiguas, fuentes de la enseñanza, ubres del único alimento: la Verdad. Pero de ellas nacieron mil riachuelos que atraviesan la llanura, mil brazos que bifurcan y dividen. Y como las plantas venidas de otros terrenos, al cambiar de condiciones cambian de estructura, así aquella fuente al dar tantos riachuelos perdió en primer lugar la fuerza y en segundo lugar dió sectas que se adaptaron a las circunstancias especiales de las naciones. Por eso la verdad se halla desparramada en las religiones que trabajan sobre la faz de la tierra.

Seguramente esto creyeron los sincréticos del reoplatonismo y por lo tanto pretendían aunar en un sólo sistema las doctrinas y escuelas antiguas. Noble tarea por cierto, pero titánica y que emprendieron con energía y valor: pero ¿por qué no buscar la fuente madre? ¿por qué no estudiar en la verdadera religión?... ¡ay! señores ¿dónde está la única fuente?... No se sabe.... ¿Es en el Asia?... ¿Es en América?... ¿Y no sabemos que a la América y al Asia les fué legado el patrimonio de la sabiduría de otros pueblos cuyo recuerdo ha quedado olvidado en la memoria de los hombres? (2)

(1) Véase nota 4. Es la intuición la base de todo conocimiento superior

(2) Aunque no su existencia

Si se ha llegado a la conclusión: de no es ninguna de las doctrinas actuales el verdadero tronco de la Religión, pero que sí son depositarias de las verdades de aquella primitiva enseñanza, hay que buscar, hay que investigar...; de ello depende el porvenir de la humanidad y el porvenir del mundo... Bien habéis visto el negro barranco en que los hombres ignorantes y sin fe, con ojos para no ver, con oídos para no oír, con manos para no palpar, con pies para no caminar, por poco se despeñan, es decir, en el materialismo que corta las alas del espíritu y que rebaja la condición y el destino de los hombres.

Vosotros, dignos discípulos de Ammonio Sacas, de Longino, de Orígenes, de Herenio, y de Plotino de Nicópolis (1) vosotros que restauráis las verdades divinas, vosotros que resucitáis en estos tiempos lo que los neoplatónicos crearon, sois el río que después de marchar interno e ignorado salta y corre por los campos. Muertos quedaron aquellos filósofos e historiadores, aquellos críticos y retóricos, aquellos astrónomos y geógrafos que produjo la cabeza que el Egipto sumergen las aguas del Mediterráneo. Pero hoy surgen, hoy se levantan sus sombras y con manos descarnadas enseñan a los hombres lo que tenían olvidado (2): la Verdad. Por eso la inteligencia se dirige a donde luce el faro de la enseñanza y esperan la venida de un gran hombre que sea el sol naciente de su existencia.

Ya podéis sacar por lo que os dejo dicho cuáles son mis otros pensamientos, bien pensar que he de seguir el amor al prójimo, como una devoción sublime, como un apostolado grandioso, con la noble creencia de que hago el bien, de que me aparto del mal y del egoísmo.

Nuestros prójimos son obras de una misma mano por lo cual han de ser venerados, son hojas del mismo árbol a que pertenecemos por lo cual deben ser amados, son de la misma naturaleza que nosotros, por lo tanto han de ser compadecidos. En todas las

(1) Estos son los principales neoplatónicos de la escuela de Alejandría, llamada así por que tuvo su asiento en esta ciudad con cátedras en Roma y Atenas; denominada también edectica porque no se adhería a autor alguno y de todos elegía algunos elementos: sincrética porque quería hacerse de todas las religiones antiguas una sola; y neoplatónica porque predominando en ella la doctrina de Platón, aspiró Platón a restaurarla.

(2) Tómese esto como una simple figura de retórica.

criaturas debemos ver la bondad de Dios, ya en las caídas, ya en las más justas o perfectas.

Escuchad estas máximas, que, por viejas, deben ser dignas de respeto: «La doctrina de nuestros maestros se reduce a tener rectitud de corazón y a amar al prójimo como a uno mismo. Conducirnos con los demás como quisiéramos que ellos se condujeran con nosotros, he aquí la doctrina de la humanidad» (1). Únicamente se ha de agregar a esto que no debemos amar o hacer bien por ser correspondidos o remunerados, sino porque es el mayor placer que el hombre al hombre puede procurar, tanto el que hace como el que recibe. Solo el asceta conocerá la verdadera dicha y es compasivo; si obrara de otro modo no gozaría porque su alma se rozaría con la pasión del orgullo que le haría volver los ojos despiadados a otra parte y el hombre en la pasión no es dichoso (2).

Un día llegó un discípulo y le dijo con profunda pena a Confucio: «Todos los hombres tienen hermanos, sólo yo no los tengo». «El hombre superior, contestó el filósofo, debe mirar a todos los hombres que habitan en el interior de los cuatro mares como hermanos» (3). ¡Oh respuesta hermosa, digna de ser practicada!...

Además: ¿no está la fraternidad retratada en todo el Universo? ¿No busca el átomo al átomo para formar la molécula? ¿No se buscan los astros entre sí y buscan a su foco para formar los sistemas planetarios? ¿No se busca todo para su propia existencia? ¿no «es la gran regla de la vida la reciprocidad?»... (4) ¿Y no se aman y buscan los corazones en el concierto divino y celestial de la armonía?... Sí, pero el hombre quiere por su propio conocimiento y con entera libertad. Bienaventurado el que ama, no por conveniencia sino por la fuerza de su justicia y su bondad.

Es grande, sí, el hombre en las creaciones de su inteligencia, grande en las obras de su brazo, grande en su potente fanta-

(1) Ta-hio, IX-3 - Mencio.

(2) En el p'oro aún no existen ni restos de pasión.

(3) Lunyu V-25: XII-5.

(4) Mengtsen II, VII-4.

sía, pero *más grande es el hombre que desea a Dios y hace bien sobre la tierra.*

Por fin, para concluir, señores, voy a referiros una pequeña historia: Cuando el hombre habitaba las cavernas o las frondosas copas de los árboles gigantescos y no conocía aún el fuego, vió arder, en la selva, después de la rugiente tempestad, un tronco carcomido por los años y podrido por las lluvias. Esto era la revelación de un poder, era la revelación de una fuerza y el hombre se dedicó a avivar las indecisas llamas que lamían las arrugas y agujeros de aquel tronco. Así vosotros, almas generosas, debéis avivar las indecisas llamas de nuestros corazones.

He dicho.

J. B. A.

* * *

Mme. Annie Besant y la Crisis de la Sociedad Teosófica

PARA anunciar esta obra, M. Lévy había enviado a los presidentes de las Ramas y a todos los miembros de quienes conocía la dirección una circular que, por su forma moderada nos permitía suponer que tal obra sería concebida y escrita de manera cortés e imparcial. Pero no ha sido así, y desde la página primera a la última, no es esta obra otra cosa que un ataque personal contra nuestra querida Presidente.

»Al encadenamiento de su argumentación le podría yo oponer la tan conocida frase del gran literato alemán Max Harden, que escribiendo en la «Zukunft» dice: «Entre nosotros se trabaja de tal manera en deformar la verdad, que se concluye por ignorar la verdad».

»En un capítulo consagrado a la supresión de la Sección alemana, M. Lévy dice y repite tras muchos reparos, que Mrs. Besant, por su propia autoridad ha desprendido 2,400 miembros de nuestra Sociedad. Ahora, la verdad es, que Mrs. Besant no ha excluído de ella ni a uno sólo. Bajo el acuerdo motivado del Gran Consejo, y después de haber empleado todo el tiempo requerido para la reflexión, se contentó Mrs. Besant con retirar la carta que le confería al Doctor Steiner la función de Secretario General; ella no ha excluído a ninguno de sus miembros, ni aun al Doctor Steiner; son esos miembros los que, juzgándose ofendidos por tal medida, y por su propia iniciativa, se han retirado de la Sociedad. M. Lévy agrega, además: (pág. 66). «Pero el colmo es que ella (Mrs. Besant) osa hasta anunciar la recogida

de la Carta alemana, en su discurso a la Convención de Adyar antes que el Consejo decidiera... Como verdadera autócrata, Mrs. Besant, anuncia las decisiones del Comité ejecutivo «antes de que él hubiese estudiado algo».

»Desgraciadamente M. Lévy olvida o ignora: 1º que el discurso de apertura de que habla se pronunció el 27 de diciembre, a medio día; 2º, que la segunda reunión del Gran Consejo tuvo verificativo el mismo día a las 9 de la mañana, habiéndose pronunciado por unanimidad. La *Bohème* solo se abstuvo de votar— a causa de la retirada de la carta de la Sección Alemana.»

Toda la argumentación de M. Lévy es del mismo valor; el sólo capítulo que trata de la supresión del Congreso de Génova prueba, indubitadamente,... el error de Mr. Lévy, que, para mejor denigrar a nuestro Presidente, cubre de flores al profesor Penzig que se reconoce lealmente, por su carta de 9 de enero, 1913, como único autor responsable de este hecho.

M. Lévy quiere improvisarse así como exégeta; pero yo no puedo seguirle por su terreno y prefiero remitirle a las obras del abate Lévy y de G. R. S. Mead, documentos por demás diferentes de los de M. Derembourg.

Por último, yo no considero necesario entrar en más detalles para refutar un panfleto que se juzga por sí solo; son suficientes un poco de atención y de intuición para descubrir el objeto perseguido, que yo creo poder calificar de polémica electoral sin separarme de la verdad.

No olvidéis que la elección de Presidente debe efectuarse en 1914; sus adhesiones buscan y buscarán el modo de desconsiderarla por todos los medios posibles y la obra en referencia no es ni puede ser otra cosa que el primer acto de la campaña electoral.

Es una política que no trataremos de seguir, inspirándonos en las nobles palabras de Mrs. Annie Besant recientemente escuchadas en Stokolmo: «Cuando se nos ataque con dureza—alguna vez—se dirigen más contra mí que contra la Sociedad Teosófica, y yo no pido otra cosa sino recibir los golpes enviados. Si ellos me atacan, no responderles atacando a sus jefes».

Del *Boletín Teosófico*, órgano mensual de la Sociedad Teosófica de Francia.

T. P.



Orden de la Estrella de Oriente

ESTA Orden se acrecienta lenta, pero constantemente en Costa Rica, y celebra en diversos puntos sus reuniones con regularidad y entusiasmo; se deja notar que en las conciencias penetra con intensidad superior al opuesto influjo de las preocupaciones vulgares, el convencimiento íntimo de que la crisis moral que predomina en el mundo, solamente puede ser resuelta por las orientaciones que ha de ofrecernos Aquel, que como sol de las conciencias, aparece de edad en edad para iluminar el sendero del error, ofreciendo las inspiraciones apropiadas al grado relativo de la evolución general de la humanidad.

Igual desenvolvimiento adquiere casi por todas partes la Orden según se deduce de las noticias que nos traen revistas y periódicos.

En el precioso número extraordinario de *Le Theosophie*, correspondiente al 1º de julio último, con motivo-

del Congreso de Stocolmo, en el que se reunieron 425 Representantes de la Sociedad Teosófica desde los días 14 al 18 de junio, inclusive, se emitieron conceptos tan nobles y expresivos acerca de los intereses de la Orden y de los procedimientos que deben observar sus afiliados con relación a los que son refractarios a ella, que aunque ya con alguna demora, considero ineludible deber el mencionarles. Para ello reproduzco parte de la traducción que nos ofrece la *Revista Teosófica*, Órgano Oficial de la Sección Cubana, que dice así:

Resumen de las tres conferencias

Sacudidos sin cesar entre la fe que, como un tornillo sujeta nuestra inteligencia en los estrechos límites de lo que quiere imponer como Verdad, y la ciencia que nos demuestra que esas verdades son imaginarias y que deben su vida sólo a una teología vejezuela, es nuestro deber estudiar lo que enseñan las concepciones teosóficas y las revelaciones de los ocultistas sobre un asunto tan palpitante como el de los Salvadores del Mundo.

Desde la más remota antigüedad cada raza, o más bien, cada familia humana, ha sido siempre guiada, enseñada por un gran Ser, un Hermano mayor, que, en una evolución anterior, ha sufrido las vicisitudes de la humanidad y la ha superado para entrar en esta fraternidad divina de seres sobre humanos.

Uno de estos Hermanos mayores es quien tiene la misión de dirigir la evolución intelectual y espiritual del hombre y se encarna de tiempo en tiempo para hacer resonar en los corazones humanos una nueva nota de la sinfonía divina, y vibrar en las inteligencias una nueva cuerda de la Ciencia universal.

Sabemos así que el mismo Inspector o Boddhisatva vino a la India con el nombre de Vyasa para enseñar el deber; con el de Hermes o Thot a Egipto, para proclamar la Ciencia; con el de Orfeo a Grecia para revelar la belleza, y con el de Zoroastro a Persia para proclamar la pureza.

Es él también quien, con la forma de Gautama, antes de to-

mar la gran Iniciación del Budha, vino por última vez y pronunció esta sentencia eternamente verdadera:

«No creáis lo que oís decir; no creáis en las tradiciones porque hayan sido transmitidas por numerosas generaciones; no creáis una cosa porque sea repetida por muchas personas; no creáis en aquello a que os sintáis unidos por hábito; no creáis por la autoridad de vuestros maestros o de vuestros mayores. Después de la observación y del análisis, cuando un principio esté conforme con la razón y conduzca al bien y a la conveniencia de todos, aceptadlo y seguidle».

Pero la humanidad no puede quedar sin guía, y cuando un Boddhisatva ha terminado su obra, uno de sus hermanos viene a continuar su mensaje para repetir las mismas lecciones, hacer vibrar las mismas notas y ayudar a los hermanos más jóvenes a franquear las etapas que conducen al Sendero de la iniciación; y el sucesor del Budha fué aquel que es conocido en la jerarquía oculta con el nombre de Cristo, y que encarnando en el cuerpo de su discípulo Jesús, vino para traer a la humanidad la nota del sacrificio y del amor.

El estudio de las religiones comparadas nos muestra muchas analogías en las vidas de estos grandes Seres, y por el hecho de las semejanzas que presentan, se propende a semejarlos a mitos solares olvidando que lo mismo que la vida física se debe toda a la radiación del sol, la vida espiritual no puede alimentarse más que de un sol espiritual, origen infinito de amor y de verdad.

Y mientras el sol material hace germinar la simiente colocada en condiciones favorables, el astro espiritual, sea cual fuere el nombre que le demos, aportará a la chispa divina que existe en nosotros, los elementos que la desarrollarán y le comunicará la luz y el calor de su llama. Para los que se sienten impulsados a marchar más rápidamente, que quieren acercarse al lado de la llama, encontramos en todas las religiones lo que se nombra como los Misterios: Misterios de Mithra, de Egipto, de Eleusis, de Jesús, que son las escuelas que conducen a lo largo del sendero hasta el Portal del Templo, donde las cinco iniciaciones han sido representadas siempre por el Bautismo, la Transfiguración, la Pasión, la Crucifixión y la Ascensión.

Estas iniciaciones no pueden ser simbólicas, sino que es necesario que se realicen en el Corazón y en el Intelecto del hombre. Es preciso que el espíritu se una a la materia, que ésta sea el instrumento de aquél y que la chispa divina que brilla en cada uno de nosotros se convierta en luz radiante y vivificadora.

Para ser la antorcha viviente que puede guiarnos, ayudarnos y dirigirnos sobre el sendero, volverá pronto el Cristo; universal en su misión, puesto que viene para todas las religiones; personal, puesto que dará a cada uno lo que pueda comprender y asimilar; único, puesto que él sólo es el Mayor de todos los hermanos mayores y de todos los hombres.

*
*
*

Discurso de apertura

Hémos aquí reunidos de nuevo en este séptimo Congreso, tanto para el bien de la S. T. como para renovar antiguas amistades.

Como Presidente, es mi deber decir algunas palabras concernientes al movimiento teosófico a la vez que agradeciéndoos vuestro afecto hacia mí con la esperanza de que esta afección de unos a otros no limitará nuestra libertad de opiniones.

Mirando en torno nuestro, no veo nada que pueda ser motivo de pena. Mr. Knox acaba de decir con justa razón, que las tempestades dan siempre la ocasión de medir nuestras fuerzas y adquirir otras nuevas. Personalmente los períodos de lucha me complacen, pues he nacido en un cuerpo irlandés y no ignoráis que esta raza es de un temperamento enérgico, y por otra parte, yo pertenezco al rayo particular en que los poderes no se desarrollan más que en la lucha. A mayor abundamiento, no tenemos que apenarnos por lo que se diga de nosotros; cuanto más se hable, más conocidos seremos; lo único lamentable sería el silencio.

En el transcurso de las dificultades se ha conquistado un punto importante: en efecto la S. T. ha salido completamente indemne de todos los ataques dirigidos contra su Presidente.

Cualquiera que sea la política que yo adopte en medio de las dificultades y frente a todos los que se opongan a mi modo de ac-

tuar, os aconsejo evitar toda querrela, dejar a los que ataquen la responsabilidad de sus actos, y contestar a la violencia con la dulzura. El amor tiene razón sobre el odio, ha dicho Budha. Marchad, pues, en la vida armados solamente con el escudo del amor y no con la espada del odio. Los que luchan contra nosotros, luchan por lo que creen que es la verdad; dejadles el beneficio de las buenas intenciones, y lo harán mejor en el porvenir. Que hagan ellos sus trabajos y nosotros hagamos el nuestro, pero sin resentimiento. Trabajemos en nombre de la Fraternidad, de una fraternidad que *a nadie* excluye de su seno.

Mantened la misma actitud con respecto a la antigua Sección alemana que acaba de constituirse en sociedad nueva. Al atacarnos sus miembros (a veces con dulzura), se dirigen más contra mí que contra la S. T.; y yo no pido nada mejor que recibir yo sola todos los golpes que descarguen, servir de pantalla entre ambas sociedades. Si ellas se atacan, no respondáis atacando a su jefe. Cierto es que desde el momento en que ellos exclufan de su seno a los miembros de la Estrella de Oriente, les era imposible constituir una sección *Teosófica*, puesto que nuestra sociedad no debe excluir a nadie, y una creencia no puede ser motivo para una exclusión. Poco nos importa que el Dr. Steiner no se interese en nuestros trabajos; vuestro deber es interesaros en sus obras; debéis conocer todo lo que se diga concerniente a vuestros estudios. Es el mejor medio de conocer bien la verdad que buscáis. Nunca olvidéis que el gran Señor de Sabiduría acoge todo el que venga a Él, cualquiera que sea el sendero seguido: «Todos los Senderos son míos» se ha dicho en el *Bhagavad Gita*. Trabajad con este pensamiento; decíos que son numerosos los caminos que conducen a la verdad. Sed perfectamente tolerantes y sabed que frecuentemente aprenderéis más por vuestros enemigos que por vuestros amigos, porque la oposición nos obliga a juzgar las cosas desde un punto de vista en el que no hubiéramos pensado.

Tal es, a mi juicio, la mejor política que se debe seguir. Continuemos nuestro camino evidenciando la nota de armonía y no toquemos alarma resonando la nota discordante.

A KRISHNAMURTI (Alcione)

En la inauguración de la Orden de la Estrella de Oriente
el 10 de Noviembre de 1912.

ESTRELLA que refulges con brillo inusitado
En la esplendente noche que a todos nos envuelve...
¿Acaso eres heraldo de un SOL, inextinguible
Que brille por milenios en nuestra Tierra amada,
Y a la maldad nefanda con su poder rechace?

.....
¿Eres tú la esperanza del que en silencio sufre,
La guía bienhechora del náufrago que lucha
En las revueltas ondas de sus locas pasiones?

.....
¿Eres tú la atalaya que vigilante muestra
La aurora que se anuncia de gloria y de trabajo,
O Jefe que a un ejército reúne y disciplina,
Y marca el derrotero y excita a la victoria!

.....
A tí, Alcione amado, que a Cristo ya vislumbras.
Que a sus piés nos conduces valiente y decidido,
Hacia tí nuestras mentes afanosas convergen
Para brindarte ayuda en la gigante empresa
Que acometes valiente, porque a la causa sirves
Del bien y la justicia, a la que consagraste
Diversas existencias y toda tu energía.
A tí levantaremos altar en nuestras almas,

Porque en tus hombros llevas el muy pesado fardo
De luchas y trabajos por el progreso ajeno.
A tí y AL, que se espera ofrecemos devotos
Prestar nuestro concurso en el rudo combate,
Uniendo nuestras manos, formando inmenso círculo,
Sirviendo de muralla tan fuerte e indestructible,
Que os libre de malvadas funestas influencias,
De la burla nefanda, de la calumnia odiosa,
Y que a nosotros hiera, que en el fragor deicida,
Debemos aprestarnos a sufrir el desprecio
De ignaras muchedumbres sin santos ideales.

.....

Ya luce en nuestros pechos la solitaria estrella
Que es símbolo de vida, de espirituales ansias,
De abnegación que salva, de protección bendita.....
¡Que venga el muy amado! pronuncian nuestros labios,
Que acuda a nuestros campos donde la mies se dora,
Que calme nuestra angustia, que nuestra sed se apague
Con el agua de vida que su palabra emana.....
¡Señor! ¡Señor! el mundo sumiso ya te espera,
Y clama tu presencia y tu enseñanza quiere!
Ven a nos, Hijo amado del PADRE que en los cielos
Encarnación te ha hecho de su esencia divina!

CONSUELO ALVAREZ

La distinguida Autora pertenece a la Logia Annie Besant, que preside en Cuba don Rafael de Albear, Secretario General de nuestra Sección.

* * *

Como encontré la perdida Atlántida fuente de toda civilización

Por el Doctor Paul Schliemann

Traducido del *New York Herald*, por Edelmiro Félix, M. S. T.

LA Atlántida fue una gran isla del Atlántico, frente al Mar Mediterráneo; el resto de un poderoso continente que se extendía desde las costas occidentales de Africa y Europa hasta las de Centro América. El Mundo antiguo tenía una clara tradición de él.

Fue totalmente destruída en un día con su noche por un cataclismo de explosiones volcánicas que la hundieron bajo el mar, salvándose sólo unos cuantos de sus millones de habitantes.

Fue la región donde primero se elevó la humanidad desde el barbarismo hasta una civilización más avanzada que la nuestra actual.

Llegó a ser, en el transcurso de cientos y miles de años una nación que conquistó al mundo. Colonizó a Egipto, las costas occidentales de Africa y Europa, Centro América, las costas del Golfo de México, el Valle Mississippi, la costa del Pacífico, de Sur América, el Mediterráneo, el Báltico, el Mar Negro y el Caucásico. Fue la cuna de la civilización, de la del mundo antiguo, y la nuestra actual es vástago, directo, de la cultura Atlante.

El recuerdo de la raza Atlante se encuentra en las leyendas

del Jardín del Edén de la Biblia, en el Jardín de las Hespérides de los Griegos, el Asgard de los Escandinavos, el Tir n'Og de los Celtas y en todas las leyendas de una tierra misteriosa y maravillosa, en la que moraban dioses o mortales semejantes a dioses.

La historia del Diluvio, cuyas versiones se encuentran en las tradiciones de casi todas las razas antiguas y modernas, son simplemente el recuerdo de la estupenda catástrofe que hizo desaparecer la Atlántida, y cuya desaparición fue llevada por los supervivientes a todas las colonias de la perdida tierra, representando éstas toda la civilización del mundo en aquella época.

De la misma manera, la huída de algunos de los atlantes por un estrecho puente de tierra que unía la Atlántida con lo que es actualmente Bretaña, se conserva en las leyendas del Peligroso Puente del Arco Iris, con su filo de navaja, que los escandinavos creían ser el único camino que conducía a Asgard, la morada de los dioses; en la famosa «Calzada del Infierno» de los libros religiosos de la Edad Media, y en leyendas similares de los Hindus, Mayas y Turanios.

Los dioses y las diosas de los antiguos griegos, los fenicios, hindus y escandinavos son simplemente los Reyes, Reinas y héroes de la Atlántida, y los hechos que se les atribuyen en la mitología son un confuso recuerdo de sucesos históricos reales.

Las religiones de Egipto, Perú, y de los Mayas,—la desaparecida raza que construyó las enterradas ciudades de la América Central y sobre las ruinas de cuya civilización construyeron su imperio los aztecas,—fueron las primitivas religiones de los Atlantes.

Fué la colonia más antigua de las fundadas por los Atlantes el Egipto, cuya civilización resultó una basta reproducción de la madre tierra. La seguían en orden de antigüedad Perú y Centro América.

El alfabeto fenicio, padre de todos los alfabetos europeos, se derivó de un alfabeto atlante, que fue también transmitido a los Mayas por los Atlantes. Los símbolos y geroglíficos de los egipcios y de los mayas provienen de la misma fuente, y así se explica su semejanza, demasiado grande para ser casual.

La Atlántida fue el punto de partida de la familia hindo euro-

pea de las naciones, así como también de los semitas, y probablemente el de los turanos.

Los atlantes poseían un completo conocimiento de la electricidad, el vapor y otras fuerzas naturales. Tenían también aeroplanos, buques de máquinas y explosivos. Eran ingenieros prodigiosos y los primeros trabajadores del hierro. Usaban para la ornamentación, el oro y la plata en grandes cantidades, y un metal precioso, ya desaparecido, conocido como «orichalcum».

El doctor Paul Schliemann, el distinguido nieto del difunto Dr. Heinrich Schliemann, descubridor de la antigua Troya, y uno de los arqueólogos más grandes del mundo, hace aquí una de las narraciones más notables y fascinadoras que jamás se han publicado de un descubrimiento.

La Atlántida es el legendario continente mencionado por el filósofo griego Platón, quien en una de sus conversaciones, dijo cómo los sacerdotes del templo egipcio Sais habían relatado a Solón, el gran legislador, la historia de su destrucción unos 9,000 años antes de Cristo. La Atlántida, según la historia, fue el hogar de una gran raza civilizada que conquistó y colonizó el mundo. Toda civilización ha partido de ella.

Lo que se conoce como «El Arrecife del Delfín» (Dolphin Ridge), una enorme meseta submarina que se extiende entre los 25 y 50 grados de latitud norte y los 20 y 50 grados de latitud oeste, se supone ser sus hundidos restos. Se cree que las islas Azores son la cima de sus más altas montañas: todo lo que actualmente queda sobre la superficie del agua, del perdido continente.

Si el doctor Paul Schliemann puede probar sus manifestaciones, se aclarará el misterio más grande del mundo y se reconstruirá la historia de nuestra raza, descifrándose al fin muchos enigmas.

Es curiosa la coincidencia de que al mismo tiempo que el Doctor Schliemann hace públicos sus descubrimientos, parte una expedición de Inglaterra para recobrar los tesoros de las ciudades hundidas en la bahía de Campeche, en Yucatán. Estas ciudades fueron localizadas por el doctor Ernst Marjories, después de haber estado cuatro años en Centro América, el que también tiene

evidencias que cree prueban que dichas ciudades fueron parte de una colonia de atlantes y que se hundieron por la misma convulsión que destruyó la tierra madre.

La historia del Dr. Paul Schliemann es como sigue:

«Algunos días antes de que mi abuelo muriera, el Dr. Heinrich Schliemann—el verdadero descubridor de la gran civilización miocena cuya historia se conserva en los libros de Homero, murió en Nápoles—en 1890—dejó un sobre lacrado al cuidado de uno de sus más íntimos amigos. El sobre tenía la siguiente inscripción: «Este sobre sólo podrá ser abierto por un miembro de mi familia que solemnemente jure dedicar su vida a las investigaciones que están bosquejadas y contenidas en él».

Una hora antes de que mi abuelo muriera, pidió papel y escribió con mano temblorosa: «Adición confidencial al sobre lacrado. Rómpace el recipiente con la cabeza de lechuza. Examínese el contenido. Concierne a la Atlántida. Háganse investigaciones en el este de las ruinas del templo de Sais y en el cementerio del valle Chacuna. Importante. Demuestra el sistema. La noche se acerca.—Adiós».

Encerró lo escrito en un sobre y dijo a la enfermera que lo enviara al amigo a quien había confiado el otro paquete, lo que se hizo así.

Aunque todo el mundo tenía curiosidad por saber lo que contenían los misteriosos paquetes, ninguno de los niños o de los amigos se atrevió a romper los sellos. Nadie deseaba dedicar su vida a algo que no podía saber lo que era hasta que no fuera demasiado tarde para retroceder. Los sobres se depositaron en los bancos de Francia. Después de haber estudiado yo durante algunos años en Rusia, Alemania y en el Oriente, decidí hacerme cargo de la obra de mi ilustre abuelo, convencido de que lo que él había estimado tan importante y guardado de tal manera, ameritaba la dedicación de una vida a ello. En 1906 hice el juramento y rompí los sellos. Dentro había varios documentos y fotografías. El primer papel decía:

«Quien abra este sobre debe jurar solemnemente terminar la obra que dejé empezada. He llegado a la conclusión de que la Atlántida no era meramente un gran territorio entre la América

y las costas occidentales de Africa y Europa, sino también la cuna de nuestra civilización. Ha habido muchas discusiones entre los científicos sobre este asunto. Según un grupo, la tradición de la Atlántida es puramente ficticia, basada sobre informes fragmentarios de un Diluvio ocurrido miles de años antes de la Era Cristiana. Otros declaran que la tradición es totalmente histórica, pero imposible de comprobarse por completo.

»En las adjuntas compilaciones se encontrarán notas y explicaciones, las pruebas que del asunto existen en mi mente. Quien se haga cargo de esta misión se obliga solemnemente a continuar mis investigaciones y a formar una exposición definida, empleando el material que dejo con ésta, y acreditándome mi justa participación en el descubrimiento. Hay depositado un fondo especial en el Banco de Francia que será pagado al que presente el adjunto recibo y que cubrirá los gastos de las investigaciones. ¡Que el Todopoderoso os acompañe en esta gran obra!»

No puedo copiar todos los documentos en este limitado espacio—ni tampoco me interesa hacerlo. Pero sí uno de los más importantes, que desde el punto de vista de la narración, dice:

«Cuando en 1873 hice las excavaciones de las ruinas de Troya en Hissarlik y descubrí en la Segunda Ciudad el famoso «Tesoro de Priam», encontré entre ese tesoro un famoso jarrón de forma peculiar y de gran tamaño. Dentro de él se hallaban algunas piezas de alfarería, varias imágenes pequeñas de un metal peculiar, monedas del mismo metal y objetos hechos de hueso fosilizado. Algunos de estos objetos y el jarrón de bronce tenían grabada una frase en geroglíficos fenicios. La frase decía: Del Rey Cronos de la Atlántida».

«El que esto lea podrá imaginarse mi emoción. Era la primera evidencia material de que existía el gran continente cuyas leyendas han perdurado a través de las edades por todo el mundo. Guardé en secreto este objeto, ansioso de hacerlo la base de investigaciones que creía serían de importancia infinitamente mayor que el descubrimiento de cien Troyas. Pero tenía que terminar primero el trabajo que había emprendido y estaba aun más deseoso de ello porque tenía la seguridad de encontrar otros objetos que procedieran directamente del perdido continente.

Fuí recompensado por mi fe, según puede verse en el documento marcado B.

»En 1883 encontré en el Louvre una colección de objetos desenterrados en Tiahuanaca, en Centro América, y entre ellos descubrí piezas de alfarería exactamente de la misma forma y material y objetos de hueso fosilizado que reproducían punto por punto los que ya había encontrado en el jarrón de bronce del Tesoro de Priam. La semejanza no podía ser una coincidencia. Las formas y decoraciones eran demasiado complejas para ello. Está fuera del rango de las coincidencias que dos artistas en dos países tan separados como Centro América y Grecia hicieran dos jarrones,—sólo menciono uno de los objetos—exactamente de la misma forma, del mismo tamaño y con curiosas cabezas de lechuga colocadas justamente en igual forma en ambos.

»Los jarrones centroamericanos no tenían caracteres fenicios ni escritura de ninguna clase. Corrí a examinar de nuevo mis propios objetos, y después de pruebas y de exámenes sin cuento, me convencí de que las inscripciones habían sido hechas por otras manos después que los objetos se hubieron fabricado.

»Conseguí algunos de estos objetos de Tiahuaaca y los sometí a análisis químicos microscópicos. *Estas pruebas demostraron concluyentemente que tanto las jarrones centroamericanos como los de Troya, habían sido hechos con la misma arcilla peculiar, y supe más tarde, segura y definitivamente, que esta arcilla no existe ni en la antigua Fenicia ni en Centro América.*

»Analiqué los objetos de metal, porque no podía reconocer de qué estaban hechos. El metal no se parecía a ninguno de los que había visto. El análisis químico demostró que el material estaba compuesto de platino, aluminio y cobre—una combinación que nunca se había encontrado en los restos de las antiguas ciudades desconocidas hoy día!

»Objetos, pues, perfectamente semejantes y teniendo incuestionablemente una fuente común han sido encontrados en países tan separados como éstos. Los objetos no son fenicios, miocenos ni centroamericanos. ¿Cuál es, entonces, la conclusión? Que llegaron a ambos lugares de un centro común. *La inscripción en mis objetos daba ese centro. ¡Era la Atlántida!*

»Que los objetos se conservaban con gran veneración se demuestra por su presencia entre el Tesoro de Priam y el receptáculo especial que los contenía. Su forma no dejaba duda de que eran objetos destinados a ceremonias sagradas y procedentes del mismo templo. ¿Eran los restos de un culto que existía en la Atlántida y que esa gran tierra había impreso en colonias y países tan lejanos como la antigua Creta y Centro América? ¿Eran estos objetos, enviados por la tierra madre de la misma manera que se envían las Biblias hoy día a la cristiandad, y como las estatuas de Isis y su altar parafernalia eran enviados por Egipto a sus colonias?

»Este extraordinario descubrimiento y mi salud decadente me indujeron a apresurar más rápidamente mis investigaciones. Encontré en el museo de San Petersburgo uno de los rollos de papiro más antiguos que existen. Había sido escrito durante el reinado del Faraon Sent, de la Segunda Dinastía, o sea 4,571 años A. C. Contiene una descripción de cómo el Faraon mencionado envió una expedición al Occidente en busca de rastros de la Tierra de la Atlántida, de donde hacía 3,350 años habían llegado los antecesores de los egipcios trayendo con ellos toda la sabiduría de su tierra nativa. La expedición volvió al cabo de 5 años, informando que no habían encontrado ni personas ni objetos que pudieran darles una pista para hallar la desaparecida tierra. Otro papiro del mismo museo, escrito por Manethon, el historiador egipcio, hace referencia a un período de 13,000 años como el reinado de los sabios de la Atlántida. El papiro coloca éste al principio mismo de la historia egipcia: aproximadamente hace unos 16 mil años.

»Una inscripción que desenterré a la Puerta del León, en Miocenia, Creta dice que Misor, de quien, según la inscripción, descendían los egipcios, era el hijo de Taaut Thoth, el Dios de la Historia, y que Taaut era el hijo emigrado de «un sacerdote de la Atlántida», quien, habiéndose enamorado de una hija del Rey Chronos, escapó y desembarcó en Egipto después de muchas aventuras. Construyó el primer templo en Sais y enseñó la sabiduría de su tierra nativa. «Toda esta inscripción es muy importante, y la he conservado en secreto. La encontraréis entre los papeles marcados D».

No puedo agregar aquí más que una pequeña parte de la enorme masa de evidencias,—y son evidencias materiales de este continente de la Atlántida las que mi abuelo ha reunido. Debo pasar al final de este notable documento.

«Una de las tablas de mis excavaciones en Troya da también un tratamiento médico de los sacerdotes egipcios,—pues existió comunicación entre Creta y Egipto durante muchos siglos—para quitar la catarata de los ojos y las úlceras de los intestinos por medio de la cirugía. *He leído una fórmula casi similar en Berlín en un manuscrito español cuyo autor lo había aprendido de un sacerdote azteca en México. El sacerdote lo había aprendido a su vez de un manuscrito de Maya.*

»Para concluir, debo decir que ni los egipcios ni la raza Maya que formó la civilización de Centro América antes que los aztecas, eran grandes navegantes. No tenían barcos para cruzar El Atlántico, ni tampoco lo hicieron. Podemos descartar la intervención de los fenicios como una unión real entre los dos hemisferios; y, sin embargo, la semejanza de la vida y civilización egipcias y mayas, es tan perfecta, que es imposible pensar que sea casual. No encontramos esas casualidades en la naturaleza o en la historia. La única posibilidad es que existiera, como dice la leyenda, un gran continente que uniese lo que hoy llamamos el Nuevo Mundo con el que llamamos antiguo. Quizás entonces la Europa y la América actual estuvieran habitados por monstruos. Probablemente Africa tendría una raza semejante al mono. El hombre—según hoy lo conocemos—no los había invadido. Pero existía una tierra donde florecía una civilización tan superior a la nuestra actual, y quizás más. Sus confines eran los límites del salvajismo. Era la Atlántida. De la Atlántida vinieron las colonias que se establecieron en Egipto y Centro América.»

Comprendí que tenía ante mí un serio problema, a pesar de toda la asombrosa evidencia, mayor de la que nadie puede soñar, que me había dejado mi abuelo. Había también otras notas y alusiones a las pruebas materiales que estaban en lugar secreto en París y además de esto se me daba la orden expresa y estricta de conservar todo en secreto hasta que hubiera seguido sus instrucciones y terminado mis investigaciones.

Durante seis años he trabajado infatigablemente en Egipto, en el Centro y Sur de Africa y en todos los museos arqueológicos del mundo. He descubierto la Atlántida, he comprobado la existencia de este gran continente y el hecho de que de él surgieron, sin duda alguna, todas las civilizaciones de los tiempos históricos.

En mis investigaciones he tenido como principio retirarme a tal reclusión que ningún periódico pudiera llegar a mí, que la curiosidad del público no pudiera molestarme en este serio e importante trabajo. Seguiré el mismo método hasta que haya terminado mi libro. Por este motivo he evitado hasta el presente toda notoriedad por la prensa y toda asociación con ninguna expedición científica. Soy individualista y haré mi trabajo con mi método individual. Sin embargo me he decidido a aceptar la invitación de este periódico y revelar este secreto de mi ilustre abuelo y exponer algunos de los hechos que he descubierto y por los cuales pretendo ser el descubridor de la Atlántida. Voy ahora a relatar lo que sucedió después de haber leído los documentos de Heinrich Schliemann.

Procedí en seguida a examinar la colección oculta en París. El jarrón con la cabeza de lechuza era único en su clase, de origen evidente y extraordinariamente antiguo, y en él leí la inscripción en caracteres fenicios: «Del Rey Cronos, de la Atlántida». Vacilé varios días para romperlo, pues pensaba que la última carta de mi abuelo podía haber sido el resultado de una mente debilitada por la proximidad de la muerte. No podía comprender por qué debía romperse. Parecía vacío. No puedo hasta ahora decir cómo él llegó a saber que debía romperse. Puede ser que hubiera encontrado otros jarrones similares en Hissarlik y que los hubiera roto. Puede haber guardado este último jarrón porque creyera que el continuara su trabajo debía tener una prueba absoluta de sus aseveraciones. Vacilo al escribir esto, porque parece saber a romance puro... Y sin embargo, es un hecho absoluto.

Al fin, lo rompí y no fue poca mi sorpresa cuando del jarrón cayó un trozo de metal blanco, parecido a la plata, sobre el que estaban grabadas extrañas figuras y una inscripción, que no se

parecía a ninguno de los jeroglíficos o escritos que yo había visto. Esto estaba en el anverso de la moneda o medalla. En el reverso había grabadas en fenicio antiguo, las siguientes palabras: «Emittedo en el Templo de las paredes transparentes.» ¿Cómo se introdujo el metal en el jarrón? No lo sé. El cuello era demasiado pequeño para su inserción, y no obstante, allí estaba y había sido fijado en la arcilla del fondo y mi abuelo evidentemente sabía que estaba allí.

Si el jarrón era de la Atlántida, el metal debía haber venido de allí también. Y, sin embargo, el examen me demostró que las letras fenicias habían sido grabadas después que el objeto había estado bajo el troquel que hizo las figuras del anverso. Esto es todavía un misterio para mí. Pero ahí está la evidencia.

Además de esto, encontré en la colección los otros objetos materiales que mi abuelo había dicho provenían de la Atlántida. Uno era un aro del mismo metal peculiar que las monedas o medallas. Había un elefante de hueso fosilizado de extraña apariencia, un jarrón sumamente anticuado y otros objetos que no necesito describir. También estaba el mapa por el cual el capitán egipcio había buscado la Atlántida. Prefiero no mencionar los otros objetos y conservarlos para mi extenso trabajo, pues no puedo, según instrucciones de mi abuelo, describirlos. Baste decir que ningún científico podrá refutarlos. El jarrón con la lechuza, el jarrón anticuado, el jarrón de bronce y el aro de metal, tienen las inscripciones fenicias. El elefante y las monedas, no.

Mi abuelo había escrito que debía primero dedicar mi atención a las ruinas del Templo de Sais y al Valle de Chucuna, en América. Me dirigí primero a Egipto y empecé a escavar alrededor de las ruinas de Sais. Trabajé largo tiempo en vano. Encontré interesantes objetos dedicados a antiguos usos religiosos y astronómicos: pero ningún vestigio de los que deseaba.

Pero un día entré en relaciones con un cazador egipcio que me enseñó una colección de medallas antiguas que se había encontrado en un sarcófago en una de las tumbas de los alrededores. ¿Quién podría describir mi sorpresa al ver en su colección dos medallas de la misma forma y tamaño que la que había encontrado en el jarrón de Troya? Las figuras no tenían tantos

detalles y carecían de inscripción, pero era indudablemente de origen común a la mía. Las obtuve del cazador y examiné el sarcófago. ¡Era de uno de los sacerdotes de la Primera Dinastía! Uno de los más antiguos. Pero no había en él nada de interés para mí.

Sin embargo, ¿no estaba yo progresando? Tenía la moneda del vaso de Troya, que, si mi abuelo tenía razón vino de la Atlántida; y había encontrado dos de la misma clase en un sarcófago de un sacerdote de la Primera Dinastía del Templo de Sais, el Templo que conservaba la tradición de la Atlántida y cuyo sacerdote la había relatado a Solón, el templo que había sido fundado por un hijo de la Atlántida que había huído con una hija de Cronos, el nombre que estaba en el jarrón de Hissarlik que tenía la moneda! ¿Cómo explicar esto?

Llamé en mi ayuda dos grandes expertos geólogos franceses y examinamos la costa occidental de Africa y los puntos donde mi abuelo había indicado y por donde él creía que la antigua Atlántida estaba unida con esa tierra, y encontramos que esos lugares estaban cubiertos por restos volcánicos. A alguna distancia de la costa cesaban estas señales; pero en muchas millas a lo largo de ella parecía como si la acción volcánica hubiera separado la tierra de la costa. Allí encontré un objeto de inestimable valor para mis investigaciones. Era una cabeza de niño hecha con el mismo metal que el empleado para la construcción del arco y de las medallas. Estaba bajo una capa de cenizas volcánicas de gran antigüedad. El análisis químico demostró que era de la misma extraña aleación que ya he descrito.

No puedo dar aquí todos los detalles de esta investigación. Fueron inmensamente importantes y están apoyados por más testimonios que el mío.

Fuí a París y busqué al poseedor de la colección de objetos centroamericanos a que mi abuelo había hecho alusión. Consintió en que rompiera su jarrón con la cabeza de lechuza para ayudarme en mis investigaciones, y así lo hice:

¡Y de él extraje una medalla exactamente del mismo tamaño y material que la que yo tenía, con la única diferencia de que era distinta la colocación de los geroglíficos!